

Castany Prado, Bernat

Que nada se sabe: el escepticismo en la obra de Jorge Luis Borges. Cuadernos de "América sin Nombre", n.º 31. Alicante: Universidad de Alicante, 2012. 542 pp. (ISBN: 978-84-9717-243-1)

"Aunque son incontables las ocasiones en las que Borges se describió a sí mismo como escéptico y existe un amplio consenso crítico sobre esta cuestión, su 'escepticismo esencial' es uno de los aspectos más desatendidos de su obra" (17). De ahí que el objetivo de Castany sea remediar esta desatención con un riguroso estudio que rastrea la presencia del escepticismo en la producción literaria del reconocido escritor argentino. Así, en los cuatro capítulos que componen *Que nada se sabe*, junto con el análisis de su influencia en la obra borgiana, se repara también en los orígenes y la trayectoria histórica de dicha doctrina filosófica.

En el primer capítulo se presenta el núcleo doctrinal del escepticismo. Fijado en la Grecia del s. IV a. C., buscaba convencer al hombre de la imposibilidad de todo conocimiento para así conducirlo hacia la felicidad, ya que lo libraba de las ansiedades y furores que la pretensión de conocer provocaba. Esta formulación inicial, que se mantiene hasta nuestros días, conllevaba dos momentos: uno destructivo o crítico, en el que se busca la

liberación de todo dogmatismo y pretensión cognoscitiva, y otro constructivo o práctico, en el que se propone un sentido o criterio que permite vivir satisfactoriamente desconectado de dicha pretensión.

Tras exponer los argumentos propuestos por Enesidemo y Agripa (que demostraban la falibilidad de los sentidos y la razón), Castany presenta un breve resumen del escepticismo filosófico (desde sus precursores hasta la posmodernidad), el cual es acompañado por una breve historia de su par literario. Al respecto, llama "literatura escéptica" a "aquellas obras cuyo tema y convicción fundamental es la incapacidad cognoscitiva del ser humano y sus implicaciones éticas, políticas, religiosas o existenciales" (78). Por ello, esta literatura presenta rasgos recurrentes en su estilo, narración e imaginario. Con todo, el crítico advierte que no todos los escritores que se pueden incluir en esta tradición (Aristófanes, Herodoto, Rabelais, Montaigne, Shakespeare, Pascal, Keats, Mark Twain, Stevenson, entre otros) participaron consciente o plenamente de ella, sino que muchas veces solo se sirvieron de sus potencialidades estéticas. También propone algunas razones para justificar la predilección por esta postura, entre las que destacan la alianza entre retórica y filosofía, y su cuestionamiento de toda doctrina filosófica (lo cual

incluye también a las estéticas). Estas características dotan a la literatura esceptica de una enorme fuerza literaria, ya que le permiten utilizar un amplio catálogo de recursos, estrategias y géneros, a la vez que le confieren un espíritu libre e innovador.

A continuación, Castany indaga cómo Borges conoció esta tradición. En primer lugar, repara en su biografía. Ciertamente fue su padre, como el propio Borges reconoció, quien modeló su sensibilidad literaria y filosófica. Por lo mismo, fue por medio de él que llegó a Macedonio Fernández, quien marcó un punto de quiebre en su vida, ya que gracias a Macedonio pasó de ser un lector crédulo a leer con escepticismo. Asimismo, los siete años que el joven Borges viajó, junto con su familia, por Europa, también influyeron en el desarrollo de su escepticismo, pues el viaje pone en contacto al hombre no solo con distintas realidades, sino sobre todo con distintas percepciones de la misma. Otro componente biográfico que lo inclinó hacia el escepticismo fue la nostalgia de la acción, la que acusó durante toda su vida y que, bajo la forma del tema de amor y odio hacia el estudio y el conocimiento (representados frecuentemente por la biblioteca), coincide con uno de los tópicos del escepticismo. Por lo mismo, el componente autobiográfico es recurrente en la obra

borgiana, puesto que para su autor la escritura no era solo una actividad estética, sino también una forma de resolver conflictos existenciales.

Sobre sus lecturas, Castany advierte que el autor de *Ficciones* recurrió (con fines estéticos) a la falacia del lector total y recalca su interés por autores marginales, olvidados o pertenecientes a tradiciones literarias periféricas. Para concluir este capítulo, el crítico repara en el contexto histórico, enfocándose en la influencia de las crisis históricas (los vínculos reales y contruidos de la obra borgiana con la posmodernidad o, mejor dicho, las posmodernidades) y su condición de escritor hispanoamericano. Al respecto, la situación marginal de las nuevas repúblicas latinoamericanas favorecía el escepticismo de Borges. Así, su aparente orfandad cultural lo liberó de la identificación con una determinada tradición europea (de modo que se podía identificar con todas) y, al mismo tiempo, favoreció su enciclopedismo solitario.

En el tercer capítulo, se examina la presencia del escepticismo filosófico, por medio de los dos momentos que lo componen, en la obra borgiana. El momento destructivo se expresa en sus actitudes desmitificadora, antisistemática, antidogmática y antimetafísica. Sobre esta última, más que criticar determinada filosofía, Borges cuestionó el deseo de ciertas

corrientes filosóficas de proponer una explicación totalizadora del mundo. Para él, la filosofía y la teología eran dos especies, ciertamente espléndidas, de la literatura fantástica. También criticó, aunque parezca paradójico, el estudio y la erudición. Al ser la verdad inalcanzable, ambos resultaban inútiles; sin embargo, esto no fue óbice para que Borges recurriese a ellos con el fin de rebatir los dogmatismos.

Castany demuestra el cuestionamiento de la confianza en los sentidos y las capacidades racionales del hombre, al encontrar la realización de los citados tropos de Enesidemo y Agripa en la obra borgiana. Su crítica no solo estuvo dirigida hacia las “esencias”, sino que incluyó también al mismo lenguaje, vinculado estrechamente con el pensamiento; de ahí que el escritor argentino buscase refutar su capacidad para representar la realidad, mas sin pretender restarle valor a su potencial para dar cuenta de su complejidad. Por ello, el escepticismo en la literatura de Borges no es solo una actitud literaria, sino también una toma de posición filosófica.

Sobre el momento constructivo, la posición de Castany es contraria a las interpretaciones nihilistas de la obra borgiana. En este sentido, el crítico postula que el escepticismo del argentino tiene como fin una renuncia alegre y festiva de las preocu-

paciones a las que puede arrastrar el conocimiento. Finalmente, el cuarto capítulo está dedicado a develar los vínculos de las características estilísticas y narrativas de la obra borgiana con su actitud escéptica; vínculos que se examinan también en los temas de su imaginario, incidiendo en aquellos que, a lo largo del libro, no habían sido tocados.

Por lo anterior, *Que nada se sabe* cumple con su objetivo principal, pues demuestra el importante papel que el escepticismo tuvo en Borges. Si bien se rastrean los contactos y vínculos del hombre con esta doctrina, el foco del estudio nunca se aleja de su producción literaria, donde su trayectoria vital aparece de forma recurrente por medio del autobiografismo. Ahora bien, si, por una parte, se realizan los postulados de tal doctrina, por otra, el uso de los elementos estilísticos, narrativos y temáticos aparece también orientado hacia la actitud escéptica. De este modo, la articulación de contenido y forma en la obra borgiana consigue cuestionar las capacidades cognoscitivas del lector, pero no con el fin de provocarle angustia y pesimismo, sino de liberarlo de las ansiedades y preocupaciones que la pretensión del conocimiento puede provocar, por medio de una renuncia alegre y festiva a las mismas. Pero, al realizar lo anterior, Castany consigue también llamar la

atención sobre la existencia de una literatura que se nutrió de los postulados de la filosofía escéptica, la cual, en lugar de construir una teoría del conocimiento, propuso una doctrina práctica, cuyo núcleo doctrinal y posterior desarrollo el estudioso consiguiera acertadamente delinear. Por ello, *Que nada se sabe* no solo constituye un importante aporte a los estudios sobre la obra borgiana, sino también a la existencia de dicha tradición literaria, cuyos representantes se encuentran dentro de los llamados clásicos. La razón de esta coincidencia, como Castany sugiere, estaría en que sus obras, que evitan proponer una única interpretación del mundo, se resisten por lo mismo a ser encerradas en una única interpretación, como el caso de la obra de Borges.

José Elías Gutiérrez Meza
Universidad de Heidelberg
(ALEMANIA)
eliasgutierrezmeza@gmail.com

García Santo-Tomás, Enrique, ed.
Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo. *Don Diego de noche*. Madrid: Cátedra, 2013.
392 pp. (ISBN: 978-84-376-3085-4)

La sobriedad del negro de sus portadas es signo de distinción y generador de respeto entre los amantes de la literatura, ya sean académicos, exper-

tos o simples aficionados al mundo de las letras. Ediciones Cátedra se ha convertido en un referente indiscutible en el mundo hispánico por varias razones. Hay quien dice que es por su capacidad de apostar por autores consagrados pero olvidados en un mundo contemporáneo, donde la desmemoria arrasa rápidamente de los estantes de lectura a escritores brillantes y los convierte en simples epígrafes de los libros de texto. Otros destacan de esta editorial sus cuidadas ediciones, con prólogos de primer nivel y citas a pie de página capaces de generar un entendimiento mucho más completo. Y, por supuesto, están los que por encima de todo aprecian la apuesta comercial, a veces minoritaria, pero siempre constitutiva de un legado histórico que no debe ser abandonado por la erosión que producen las modas y tendencias.

Pues bien, el tomo *Don Diego de noche* de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo (1581-1635), cuya edición corre a cargo de Enrique García Santo-Tomás, responde perfectamente a estas tres cualidades que se acaban de enunciar. En primer lugar, esta reciente edición tiene todos los requisitos para convertirse en el principal valedor contemporáneo de un escritor madrileño que convivió con algunos de los literatos más relevantes de la historia de la literatura española (Cervantes, Calderón, Lope de Vega,